¿Es la novela histórica un fósil literario?

Serafín Fanjul

La clasificación/catalogación en géneros, una añagaza útil. El caso de la novela histórica

Como es sabido el término "novela" engloba obras de características varias y, con frecuencia, escasos puntos de similitud o contacto, debiendo admitirse que su denominador común estriba en la circunstancia genérica de estar escritas en prosa. Para una definición más aproximada o, mejor aún, una descripción, hemos de considerar aspectos relacionados con la forma y con el contenido, es decir el conjunto de la ficción; y a partir del esquema formal y del orden establecido para los distintos *motivos* llegamos a la identificación del *argumento*. Hay otros factores, como la longitud mayor o menor (novela y cuento), que ayudan a clasificar esas obras y ésta no es una cuestión baladí, pues de esa dimensión dependerá "el modo en que el autor se servirá del material de la *fábula*, construirá la *trama*, e introducirá la verdadera temática" (Tomachevski citado por Bobes, 1993; p. 15). A todo ello podemos añadir la connotación evidente de toda novela como texto polifónico –según la definición de Bajtin– en que se pueden conjugar elementos de muy varia índole lingüística, estilística o temática.

La tematización especializada, y cada vez más subdividida, que a lo largo de la historia literaria fue cristalizando, terminó irremisiblemente en una esclerotización formal rígida y bien vigilada por los preceptistas, que entendían los géneros como instituciones fijas y cerradas, regidas por leyes inamovibles, "en virtud de las cuales la obra era juzgada tanto en lo que hacía a su calidad artística como en lo que se refería a su conveniencia o licitud éticas" (Huerta, 1984; p. 84). Afortunadamente, los códigos de los preceptistas quedaban obsoletos ante el contacto con la realidad: unos géneros desaparecían olvidados mientras otros nacían y los subsistentes se veían sometidos a continua evolución (*Ibídem*). Tampoco huelga recordar que bajo la tradición *didáctico-preceptista* latía un propósito jerarquizador, correlato de la mentalidad aristocrática elitista, remisa a las innovaciones artísticas. Sin embargo –y superados felizmente los excesos del preceptismo– el criterio de géneros todavía sigue constituyendo el instrumento más operativo y útil para clasificar los materiales literarios y profundizar de modo ordenado en su estudio[1]. El criterio del género, también, nos facilita insertar el texto en su serie histórica, considerándolo a la luz de textos precedentes, a los cuales se asemeja en mayor o menor grado o de los que se diferencia en forma radical. En géneros complejos como la novela la referencia a la serie histórica anterior es especialmente necesaria, porque ella nos permite valorarla comparativamente dentro de su serie *genérica* y apreciar su *especificidad textual*, base de sustento de la individualidad o genialidad de la obra (*Op.cit.*, p. 86).

Aceptada la existencia de los géneros, al menos como mecanismo práctico, podemos establecer que la novela sería un género de géneros, pues en ella cabe el mito, la narración, lo romántico y lo irónico (*Op.cit.*, p. 95) o, como señala Leopoldo Alas: "Por más que la historia esté diciendo a gritos desde las novelas geográficas de los griegos hasta las obras de Balzac, que no hay límites para el género novelesco, que todo cabe en él, porque es la forma libre de la literatura libre, los retóricos, encastillados en sus fórmulas de álgebra estética, siguen lanzando anatemas contra todo atrevimiento que saca la novela de sus casillas" ("Clarín" citado por Huerta, 1984; p. 119), enfoque moderno que predomina en nuestros días. Y dentro del gran capítulo *"Novela"* hallamos el subgénero *Novela histórica*, nacido a principios del siglo XIX, como reacción pseudohistoricista contra la abstracción propia del pensamiento ilustrado, pese a que existan antecedentes dispersos, en estadio amorfo, en obras anteriores. No descubrimos nada al afirmar que el iniciador del género es W. Scott, cuya grandeza, según Lukács, estriba en "la vivificación humana de tipos histórico-sociales", además del aliento épico resultante de exponer grandes y profundas crisis de la vida histórica. Las tendencias nacionalistas crean un ambiente propicio para la creación y recepción de los asuntos históricos; así, en Rusia con Pushkin (*La hija del capitán*) y Gogol con *Taras Bulba*, hasta Tolstoi, con *La guerra y la paz*, "verdadera epopeya de la vida popular". En Francia, Stendhal y Merimée pretenden contrastar el pasado con el presente para extraer de ello una lección. En España hay que destacar el ambicioso propósito de Pérez Galdós en los *Episodios nacionales*, serie que debe situarse en el polo opuesto a la novela scottiana de corte romántico, cultivada por Larra (*El doncel de don Enrique el doliente*), Espronceda (*Sancho Saldaña*) y Gil Carrasco (*El señor de Bembibre*) (*Op.cit.*, p. 119).

En América Latina existen y, desde muy pronto, paralelos que en nada desmerecen a los modelos europeos: desde el germen de auténticas novelas que subyace en muchos de los relatos contenidos en las *Tradiciones*

peruanas de R. Palma o, el *Enriquillo* de Manuel de Jesús Galván hasta *Las lanzas coloradas* de Uslar Pietri, *La guerra del fin del mundo* de Vargas Llosa, o las más recientes *Maluco* de Baccino o *El general en su laberinto* de García Márquez; sin descuidar el intento en la línea de Galdós, -dignísimo a nuestro juicio- del argentino Manuel Gálvez, que novela la turbulenta etapa subsiguiente a la independencia de su país. En suma, un conjunto de obras donde se aúnan calidad literaria, variedad temática y expositiva y fidelidad mayor o menor, según los casos, a la historia real o a la historia que conocemos: desde ficciones casi puras y con escasa apoyatura en los hechos acaecidos (*El siglo de las luces*) de Carpentier hasta textos que siguen muy de cerca los acontecimientos, tal la ya citada de García Márquez sobre los últimos meses de Bolívar.

En lo que concierne a España, en el momento presente encontramos una sobreexplotación del género histórico, sin duda por constituir una buena veta comercial por las dosis de exotismo o fantasía a que se presta. El resultado es una avalancha de traducciones no siempre santas, la existencia de editoriales especializadas en narrativa histórica y una floración literaria ligada con más frecuencia de lo deseable a oportunismos del momento. De muestra vale un botón: con motivo del V Centenario la Junta de Extremadura convocó un premio literario dedicado a enaltecer las hazañas de los conquistadores, pero sólo de los extremeños, quedando excluidos todos los demás. A las habituales limitaciones temáticas que se imponen en los concursos literarios ("para exaltar la virtud del ahorro", v.g., rezan las convocatorias de cuento de la Confederación de Cajas de Ahorro) vino a unirse la partida de nacimiento, con lo cual Rodrigo de Orgóñez -de quien luego hablaremos- que tuvo la mala puntería de nacer en Oropesa de Toledo, en vez de, por ejemplo, en Navalmoral de la Mata (a unos 15 Km. de Oropesa y ya en Extremadura) quedó excluido del certamen. Y casi mejor que así sucediera. Sin embargo, fuerza es reconocer la deuda, aún remota e inconsciente, que tenemos con algunos de los grandes autores españoles del género: A. Núñez Alonso, con su pentalogía dedicada al nacimiento del cristianismo; S. de Madariaga, con su trilogía sobre la conquista de México; y R. J. Sender, quien con su *Aventura equinoccial de Lope de Aguirre* tal vez sea el que mayores huellas dejó.

La divulgación histórica. El consumismo literario, acriticismo y comercialidad. La insatisfactoria panorámica de la narrativa española actual. La presión de los medios de comunicación.

No creemos descubrir nada sensacional ni misterioso si afirmamos que lo

que tradicionalmente se conoce por "nivel cultural" ha sufrido un grave retroceso en el mundo entero al generalizarse, en aparente paradoja, el ámbito de los medios de comunicación y la extensión, aun insuficiente, de la educación entre las clases más desfavorecidas. El aumento de alumnos y profesores ha arrastrado una caída en picada del volumen de conocimientos transmitidos. De cuando en cuando nos golpean noticias inquietantes, incluso en los países supuestamente desarrollados[2]. Y uno de los terrenos más reiteradamente olvidado, cuando no desdeñado sin paliativos, es el referido a los tiempos pasados: junto a la mitificación de una entelequia, un ente de razón como es el futuro, sólo vivo en la imaginación y que, sin embargo, *se vende* -y no reduzco la carga semántica- como real y operante en nuestras vidas, se sitúa el presente y la vivencia día a día sin perspectiva ninguna hacia nuestras raíces y origen, incurriendo en un grave error de desprecio por nosotros mismos, útil, no obstante, para el actual proceso de aculturación a que estamos sometidos. La sanísima opinión defendida por José Saramago[3], desde posiciones políticas de lo que suele llamarse progresismo, no dirige las tendencias dominantes en nuestros días en el campo cultural; y de modo casi invariable el pasado se presenta rodeado de antisignos de continuo desprestigiados en los medios de comunicación: viejo, feo, aburrido, caduco. Y ni siquiera se molestan ya en envolver los mensajes en disimulos subliminales: de manera directa y llamativa se ridiculiza en los eficacísimos anuncios de TV cualquier objeto, acción o idea relacionada con lo pretérito, por supuesto contraponiéndola a nociones de moda, juventud, divertido (¡Hasta una marca de tomate frito -Solís- se anunciaba como "divertida"!), actualidad, las que, en definitiva, dejan dinero a los promotores comerciales.

Por tanto, dentro de un intento regeneracionista, fácil de tildar de ingenuo -y no renegamos del derecho a reivindicar la ingenuidad como fórmula de acercamiento a la utopía-, la novela histórica podría constituir (o, de hecho, constituye) una vía, entre otras, para la mejora de conocimientos, aún dispersos, entre un sector relativamente amplio de la población, para contribuir, precisamente, a enriquecer y poblar de sentido, por fugaz que sea, la vida de muchas personas cuando visitan un castillo, o contemplan un paisaje o, simplemente, cuando su auto atraviesa el lugar de una batalla, o un pacto famoso. De modo irremisible los nombres del pasado vuelven a vivir y se incorporan a la existencia de seres actuales cuya presencia en el mundo jamás pudieron soñar aquellos remotos personajes. El autor recrea el Universo -o lo reinventa al menos-, informa al receptor y, de consuno, le ofrece la oportunidad de generar por su cuenta nuevas vivencias y elaboraciones originales si se consigue corporeizar la asociación fantástica entre unas piedras visibles, el eco de un texto, -como

nexo de unión- y la apreciación positiva, respetuosa y creadora de personas o ideas de un pasado más vivo en realidad de lo que el hombre moderno piensa. Se participa así en los ineludibles combate y resistencia contra la degradación de la literatura, en la línea denunciada por Augusto Roa Bastos, autor, por cierto, de excelentes novelas históricas: "Hay un cultivo de lo degradado; existe un proceso de depreciación y de devaluación de la literatura como arte que puede convertirse en algo sin ninguna trascendencia. Yo para no caer en esto me aferro a la tradición clásica, a la literatura occidental con las variantes y los hallazgos creativos propios" (Diario 16; 1995).

La función lúdica y el placer consiguiente aparece relacionado con el dominio técnico, tanto al crear como al recibir (leer). El lector se procura una satisfacción abordando obras armónicas con sus propias experiencias, emociones, saberes, reconociendo y *reconociéndose* en el texto (Bobes, 1993; p. 21). De ahí el grado sumo de identificación y de placer cuando se superan las dificultades iniciales de un texto: el receptor entra en el juego y ve partes de sí mismo reflejadas en la narración. Por ello se incurre, de modo cada vez más descarnado, en el notable abuso expositivo de facilitar y abaratar intelectualmente la trama propuesta y el vehículo de expresión, para no alejar compradores. Eso ante todo. El autor *lo cuenta todo*, sin dejar resquicios para la búsqueda: todo está digerido y aclaradito, según la tónica habitual en nuestro tiempo de considerar retrasados mentales a los lectores, explicitando detalles, comentando léxico y convirtiendo la construcción literaria en harina bien molida. Al colmo se llega con la inclusión de glosarios (dentro del mismo idioma, como si no existiesen los diccionarios) o imágenes, tan frecuente denotando poca confianza en la fuerza y expresividad del texto y desvelando el intento editorial de obviar llamadas a la fantasía o la participación del receptor que toda obra debe pretender. El objetivo, nada enmascarado por otra parte, es conseguir un tipo medio de ciudadano -en este caso, de lector- pasivo, acrítico y fácil presa de la comercialidad dominante. Por añadidura, el arte por excelencia del siglo XX, el cine, que contribuyó a consolidar el concepto de género fijando todo un conjunto de determinadas convenciones temático-formales (Huerta, 1984; p. 85), mediante la presencia de signos visuales y sonoros, ha coadyuvado a entenebrecer el discernimiento del espectador, pendiente ahora de una realidad imaginaria, ente de ficción puro, que superpone a la verdadera y a la cual prima y beneficia con un grado de credibilidad y atención mayor que al mundo auténtico que le rodea. La representación cinematográfica se convierte en realidad y ésta -la tangible- ha de acomodarse a la ficción, al menos en la mente de quien tales evocaciones hace: así se consuma el despropósito y se cierra el proceso alienador.

El poder del cine, "la cultura de la imagen" (¡tan fácil de manipular!) ha operado la metamorfosis, el timo en suma[4].

Los mecanismos psicológicos operados por los fabricantes de telefilmes o literatura de consumo resultan contradictorios, en apariencia, pero su efectividad es grande: el espectador suele rechazar por *reiterativos* aquellas temáticas o modos de construcción estéticos a los cuales no está habituado por pocas veces que se le ofrezcan en tanto acepta sin rechistar lo que, de hecho, se le sirve a diario, sin que en ello encuentre motivos para estimarlo repetitivo y, consiguientemente, aburrido. Quizá el firmante sea uno de los contados celtíberos incapaces, en su día, de contemplar un episodio entero de la inolvidable serie *Dallas*. Pero no lo tiene a jactancia, más bien vendría a ser prueba de nervios poco templados, de falta de aguante y escasa caridad para con los otros españoles que en el autobús mañanero aún rascando legañas, en la peluquería "Elena y Ramón" o en plena oficina desmenuzaban, reían o censuraban las maldades, el sombrero o los gestos grandilocuentes de J.R., el villano de la serie.

No obstante, TVE se cuida de enmendar nuestros yerros y hasta -en alarde de generosidad poco común- endereza los entuertos de espectadores montaraces y asilvestrados, remisos a dejarse entretener, y programa (es decir, compra) otras historietas que se asemejan a *Dallas* como una gota de agua a otra de lo mismo: un torrente de series larguísimas se fue descolgando sobre nuestros aturdidos ojos (*Dinastía, Falcon Crest, La rosa amarilla...*) Todas iguales. Y el firmante cavila perplejo, sobre tan recurrente fenómeno: ¿por qué si pasamos de California a Texas, o a Missouri, o vuelta a Texas, la nada intrigante intriga siempre nos cuenta la misma historia? Rememora lecturas, rebusca entre sus papeles, analiza los capítulos que, a retazos, se ha ido tragando y comprende (con no poco rencor hacia la crítica literaria) que las multinacionales de las historietas enlatadas, especializadas y especialistas en fabricar videofilmes (¡ris, ras, corta por aquí, pega por allá: ya tenemos otra serie!) están aplicando hace años a la teoría de los formalistas rusos -y sin pagar regalías- a la técnica de producir series como churros, o churros de series, que también puede ser. Reabre la *Morfología del cuento* de Vladimir Propp y lee: "El estudio demuestra que las funciones se repiten de una manera asombrosa (...) se puede establecer que los personajes de los cuentos, por diferentes que sean, realizan a menudo las mismas acciones"; y también que "las funciones son pocas, mientras que los personajes pueden ser muchos"; y aun "la sucesión de funciones es siempre idéntica...". Por consiguiente, adiós al escritor renacentista o barroco, con bigote, pluma de ganso y cruz de Santiago al pecho mirando con arrobo a la Musa nocturna que iluminaba su vista más que la oportuna vela en tan gran ocasión: a la musa la han codi-

ficado en fichas, le han perforado por donde ella tal vez no quería y la han coleccionado en la inerte memoria de un ordenador, así que cuando el villano pretende alzarse por malas artes con el rancho (que puede tener bóvidos o viñas, según) de sus vecinos (que tal vez sean una madre enferma y un hijo tarambana o una hija tontita y un padre intachable pero que, en su juventud lejana cometió un desliz), siempre acaba contratando los servicios de: a) un periodista venal que se vende por unas consumiciones; b) o un *sheriff* también venal pero que, en el fondo, estaba enamorado de la hija tontita (o de la madre enferma, también según); c) o una licenciada en leyes de Columbia University que no se imaginaba que en su pueblo natal hubiera estos pasteles; d) o un emigrante mexicano que, con el color y los pómulos salientes, da muchísimo juego, por lo cual está predestinado para quemar: *a sub uno*, el granero; *a sub dos*, la bodega; *a sub tres*, la bici de la tontita. Y etcétera, etcétera. Así hasta infinito.

El firmante, cabizbajo y abrumado por el fatal descubrimiento calla pensativo y resuelve no comunicar la mala nueva a sus hijos (¡mucho menos a su mujer!), a su vecina Encarnita, ni a su prima Mari Pili: "¡si Dios no existe, todo está permitido!" será la inevitable conclusión de mentes poco preparadas para recibir el choque traumático, se perderán los valores norte de la civilización occidental, el nihilismo se enseñoreará de las almas limpias que siguen absortas los cambios de sombrero tejano por gorra de béisbol, o de una rubia flaca por una morena bajita, o de un Range Rover por una Ford horterísima con cristales de subida automática. Temblarán los cimientos de la reserva espiritual. Dedice callar.

Pero no consigue ahuyentar una reflexión. La ideología subyacente, por lo general expresada a voces, es también -y siempre- la misma historieta: competencia feroz; insolidaridad a ultranza; aplastamiento de los más débiles (que sólo por interés, más que por condescendencia, de quienes manejan el ordenador-musa) pueden con carácter excepcional escalar la posibilidad de hacer la puñeta, ellos a su vez, a los demás: ¡trabajaron duro, se hicieron a sí mismos y, por tanto, se lo merecen!); desprecio de quienes no sean *hombres de acción*, adoración bobalicona por la fuerza bruta y el dinero; autoconvencimiento de que "somos la nación más bendecida por Dios en la Tierra", luego somos los más guapos, etc.

Este esquema, de veras repetitivo, corriente en los telefilmes o la mayor parte del cine comercial, se ha trasladado también a la literatura, en la línea del juicio de Roa Bastos más arriba reseñado. El resultado es una producción paulatinamente más deleznable y encanallada cuyo único objetivo es vender montañas de papel impreso. En España, en el año 1994 se publicaron 50 000 títulos, de obras de todos los géneros y temáticas y no

puede decirse que tal volumen -en verdad enorme- se corresponda con una envidiable floración literaria, un nuevo Siglo de Oro. Tal vez al contrario. Sin mencionar el nombre de nadie, ni para bien ni para mal, podemos afirmar que los narradores de mayor calidad (que precisamente no son quienes no se apean jamás de los medios de comunicación y, por tanto, no son los más conocidos) se cuentan con los dedos de una mano, mientras el resto (los famosos 150 novelistas de Dª Carmen Romero) vivaquea en los aledaños del Ministerio de Cultura, los canales de TV y los premios literarios; y en el plano argumental se muestra incapaz de trascender lo inmediato, pegados como lapas a la vulgaridad reiterativa de unas mismas temáticas hoy de moda; la homosexualidad, el narcotráfico, el terrorismo islámico y el SIDA son los reyes coronados en esta corte nada milagrosa, a la par que otras cuestiones, en menor proporción, ocupan también lugares destacados (el vacío juvenil, la canonizada mediocridad de la vida urbana diaria, o cualquier motivo relacionado con la actualidad audiovisual, cuya nociva presencia se concreta en la ya muy extendida práctica de destacar fotografías a toda página del autor, si es alguien *famoso*, en la cubierta del libro). La importancia del texto ha pasado a segundo plano y circunstancias extraliterarias mueven los impulsos del halagado comprador. Sin embargo, como sucede con todo fenómeno social, el proceso no es unidireccional ni homogéneo: ni toda la sociedad, ni aun los mismos individuos, dan respuestas sin matices ni fisuras a los estímulos recibidos. Por consecuencia, surge también un relativo florecimiento del género novela dentro de la sociedad urbana, donde la persona se siente desplazada y oscurecida en una masa numerosa y amorfa y "la alienación derivada de la vida anónima en las ciudades populosas sería paliada por la lectura de novelas creadoras de mundos ficcionales con los que el hombre, de forma individual y en ejercicio de su libre decisión, se identificaría intelectual, moral o hedonísticamente" (Bobes, 1993; p. 21), unas ficciones -recalcamos- estrechamente vinculadas en la mayoría de los casos a la inmediatez más roma. En este sentido, la novela histórica -de estar bien concebida y realizada- es un soplo de aire fresco para personas cercadas por la rutina y dependientes de un maquinismo desaforado. Como lo es la narrativa hispanoamericana que -hoy como ayer, en los tiempos del franquismo- nos abre los caminos del mundo, ayudándonos a ahondar en nuestra propia cultura, tan marginada por postmodernos y tecnócratas.

¿Es posible el salto intercultural? El peligro del pastiche. Predominio del factor de reconocimiento sobre el de novedad. Buenos historiadores, malos novelistas.

El primer problema planteado a quien aborda la escritura de una novela histórica es salvar el vano –con frecuencia, abismo– existente entre la cultura de su entorno inmediato y la de la época y la sociedad novelada. Se trata de dotar de credibilidad al texto, dentro de unos límites de seriedad y de la imprescindible garra que todo relato debe revestir para atrapar al lector. Un cometido ambivalente nada sencillo de cumplir. Bienvenida sea la divulgación histórica. Felicitemos al erudito que se acuerda del público de cultura media-baja y a la editorial correspondiente; pero exijamos también respeto en el envoltorio y el contenido del alfajor. Un caso paradigmático es el de Hugh Thomas, historiador hispanista cuya trayectoria profesional no se pone en duda y que acomete en *Yo, Moctezuma*, mediante la ficción de unas declaraciones autobiográficas, un relato de historia novelada, atraído por el cataclismo social e ideológico que significó la conquista de México, tema que ya concitara con varia fortuna otros intentos similares: desde los más apreciables (László Passuth o Madariaga) hasta otros menos dignos de tomar en serio (el *hamburguesa-Azteca* de G. Jennings). Con soltura, Thomas repasa los materiales que otros autores (Soustelle, Sejourné, Monjaras o Moreno), más convencionales o menos confiados en sus dotes literarias, nos ofrecieron en espléndidas obras sobre la vida cotidiana, el pensamiento y la religión de los aztecas, su organización política y social o las interrelaciones de la nobleza mexicana.

Aunque el género de la novela histórica no es un invento de Mika Waltari, el ejemplo de su éxito ha causado estragos infinitos, en bolsillos e ideas erróneas, porque no basta con ser un buen conocedor de los acontecimientos narrados (dentro de las lagunas e inevitables dubitaciones que toda historia conlleva), además es preciso convertir en creíbles los personajes historiados y –lo más difícil– sus mentalidades respectivas, aproximándolos simultáneamente al tiempo real que viven los lectores. En el caso de *Yo, Moctezuma*, pese a la triunfalista y comercial declaración de la contracubierta ("cuya mentalidad, magníficamente reconstruida por el autor, retrata de un modo apasionante y vivísimo la época..."), el resultado queda muy lejos del propósito, si tal hubo, y el mismo Thomas –con más modestia o cautela– en una reciente entrevista en TVE reconocía las dificultades del salto.

En la novela el desarrollo de los sucesos se presenta de modo correcto en términos generales y el autor sabe captar el valor dramático de su mercancía, sin embargo el intento hace agua por los cuatro costados en el vehículo expresivo (la lengua utilizada) y en no pocos anacronismos y extrapolaciones a ideas o conflictos de nuestros días que difícilmente pudo ni fantasear Moctezuma, por más peyote que le dieran: tal colocar en su boca la divertida y actualísima observación "¡es sevillano, ¿qué se puede esperar de él?, diría Malinche!", o "son vascos, gentes toscas y primitivas, en su opinión" y, por cierto ¿de dónde saca H. Thomas, repitiéndolo varias veces, que todos los miembros, ni la mayoría, de la expedición de Narváez eran vascos? No se trata de negar las rivalidades entre los conquistadores de una u otra procedencia, sino de dudar de que el emperador azteca tuviese ni pajolera noción de qué cosa era un vasco o qué le diferenciaba de riojanos o burgaleses.

Al utilizar las palabras con desenfado –quizás muy anglosajón– induce subliminalmente al lector no especialista (aquél a quien se dirige) a forjarse imágenes más que equívocas. Así al hablar de (*sic*) papel, chocolate, uniformes, toma de posesión, colegas, libros, ojos *café*, unos incontrolables, complot, reclutas... Pero no hay sólo anacronismos léxicos: a cada paso saltan párrafos enteros que reflejan un pensamiento imposible de adjudicar a Moctezuma; desde preocuparse por "métodos humanos" de matar, o por el desgaste del cutis de los campesinos obra de viento, lluvia y sol, hasta "crear nuevos puestos de trabajo". La mentalidad mercantilista manchesteriana exige su lugar en estupendas declaraciones: "algunos creen que los bienes obtenidos por vía del tributo perjudican nuestra economía, mientras que los que son fruto del comercio la estimulan"; "las pelotas de caucho constituyen uno de nuestros mejores productos y ya dominan los mercados de las regiones con las cuales comerciamos". Clausewitz asoma la oreja cuando Thomas le glosa: "la guerra es un juego de pelota, pero con otros medios". Y tampoco se desdeña la presente polémica ecologista: "sobrevivir a la complejidad de la vida urbana moderna. Funciona de maravilla".

Los latiguillos y clichés del lenguaje periodístico actual recaban su espacio ("nuestros antepasados idearon un sistema político que funciona"; "el diseño de nuestras espadas") así como la vergonzante pobreza de la jerga de los telefilmes ("los huaxtecas presentaron más problemas"; "apuesto a que los dos primeros templos eran perfectos"; "cuando se lo planteé"; "la triple Alianza está acabada"; "nos vimos en dificultades"; "dejamos atrás todos nuestros problemas"; "entramos sin problemas"; "reinará sin problemas").

El comentario de la obra de Thomas no es en modo alguno un ataque contra el autor, o su libro, sino un camino para ilustrar y ejemplificar de manera concreta algo que vemos profusamente representado en infinidad de novelas históricas, un pastiche donde se mezclan sistemas de valores,

ideologías y hasta formas de expresión lingüística de nuestra contemporaneidad con una superestructura de nombres exóticos y un cauce argumental que sigue, más o menos, el hilo de los sucesos históricos. Entre las motivaciones de los autores para acudir a tales vías de producción cabe señalar el designio deliberado de no presentar un texto con dificultades que exijan un esfuerzo al lector, sino un entretenimiento grato pero intrascendente; y la mera incapacidad, o desconocimiento de la época o los acontecimientos novelados, junto a notables dosis de osadía o desprecio por los lectores, a quienes se supone (quizás con razón en parte) ayunos no sólo de conocimientos sino también de mecanismos discursivos o críticos. El lector vendría así a admitir una ficción lejana, pero en la justa medida que no se le hiciera en exceso distante, pudiendo verse reflejado en la trama, no porque en ella se aborden inquietudes, emociones o anhelos universales comunes a todos los seres humanos, sino por habérsele acercado la escena con medios espurios o de simple ignorancia del escritor. De tal guisa, la China de la dinastía Ming, la Etruria prerromana, o los taínos prehispánicos de Cuba serían -son, en muchos casos- intercambiables en reacciones, perspectivas vitales e incluso modismos lingüísticos, entre sí y con los habitantes actuales de Berlín, Madrid o Caracas.

Los elementos novelescos en la historia real. El caso de las crónicas y relaciones. La atracción de los grandes acontecimientos o personajes históricos. La productiva contraposición de protagonistas secundarios o ficticios.

Como es natural, la fantasía o la capacidad del autor para reelaborar sucesos conocidos no brota *ex nihilo*, sino que surge de la observación o la noticia, de la lectura o la experiencia vital directa; así pues, la primera fuente de la novela histórica es la historia misma, que en sus grados más bajos de recopilación de materiales -no así en las grandes síntesis o las teorías sobre las corrientes de la historia- presenta infinidad de elementos novelables o que nos han llegado en forma casi novelística. Sin salir de nuestra lengua, y mirando hacia el Mediterráneo, nos encontramos las autobiografías[5] de Miguel de Castro, Duque de Estrada y, sobre todo, el mejor de ellos: Alonso de Contreras. Peripecias insólitas, serios peligros, gestas militares, aventuras amorosas referidas en primera persona y sin prurito literario o creativo alguno; por el contrario, sus autores blasonan del carácter real -y demostrable, no siempre- de sus relatos, a los cuales puede otorgarse una muy razonable credibilidad, en términos generales[6]. Esos sucesos verídicos reflejados en los textos hoy día constituyen auténticas

novelas históricas, sin pretenderlo sus autores y ni saberlo siquiera: hombres que escribían su autobiografía bien por intentar un reconocimiento oficial (y material) de sus méritos y sufrimientos, de sus anónimos servicios a la Corona; bien por mera vanidad personal, o para quedar en paz consigo mismos y con el balance final de sus vidas.

Como es sabido, también en los cronistas de Indias aparecen muestras numerosas, aunque dispersas, de materiales novelísticos. Algunos de los autores hicieron de sus vidas, de grado o por fuerza, una indiscutible novela por la forma en que la vivieron y los acontecimientos que les cayeron en suerte; y de los cuales fueron testigos no siempre gananciosos: Bernal Díaz, Cabeza de Vaca o Francisco Vázquez relatan los avatares de su existencia con vigor envidiable y sin estar pretendiendo -en principio- *hacer literatura*. Todos podemos echar mano de las crónicas: más bien debemos. Esa es la modesta conmemoración del V Centenario que yo habría propuesto. Para ver ante nuestros ojos las penalidades inimaginables de las travesías oceánicas de dos y tres meses ("todo lo más que se come es corrompido y hediondo. Y aun con el agua es menester perder los sentidos del gusto y olfato y vista por beberla y no sentirla. Hombres, mujeres, mozos y viejos, sucios y limpios, todos van hechos una mololoa y mazamorra, pegados unos con otros; y así junto a uno, uno regüelda, otro vomita, otro suelta los vientos, otro descarga las tripas; vos almorzáis y no se puede decir a ninguno que usa de mala crianza, porque las ordenanzas de esta ciudad lo permiten todo", *Cartas* de E. de Salazar); para sentir en directo toda la crudeza de los sufrimientos y degradación que los mismos conquistadores padecían, empezando por el hambre ("... y los que morían, los otros los hacían tasajos y el último que murió fue Sotomayor y Esquivel lo hizo tasajos y comiendo de él se mantuvo...", Cabeza de Vaca, *Naufragios*); o comprender, tal vez, el horror que vivían viajeros o colonos cuando caían en manos de los piratas, por ejemplo ingleses ("hacerle beber, desleídos en agua, los excrementos del mismo capitán", Sigüenza y Góngora, *Infortunios de Alonso Ramírez*). El etcétera es infinito.

Por supuesto que todos los cronistas vienen a coincidir en el *sentido providencial* del descubrimiento y la conquista de América, así como sobre la misión de origen sobrenatural de que España habría sido investida para cristianizar el Nuevo Mundo (F. de Oviedo, Las Casas, Gómara, Cieza, Díaz del Castillo, etc.) (Laitenberger, 1994; pp. 121 y ss.), aunque las discrepancias surgieran en la interpretación o las vías de realización de la empresa. En una segunda fase, incluso, (Zárate, Sarmiento de Gamboa), se eliminan los elementos críticos recogidos por Cieza, Oviedo o Las Casas y se entroniza una nueva tendencia apologética y glorificadora a ultranza de todos los aspectos de la Conquista (*Op.cit.*, pp. 131 y ss.). Las opiniones de los

intelectuales de la época oscilan dentro de las coordenadas sugeridas: el Inca Garcilaso legitima la Conquista pero no condena al poder incaico (en contraste con otros autores que satanizaban a los indígenas para justificar su sometimiento), sino que lo exalta como ejemplo de orden y moralidad (en muchos casos, de su moralidad católica adquirida) oponiéndolo a una supuesta anarquía bárbara preincaica; para Lope de Vega, la Conquista se sitúa a dos niveles diferentes, "el de la Providencia por un lado y el de las acciones, aspiraciones e intereses humanos por otro. Aun cuando estos son moralmente reprensibles pueden favorecer las intenciones de Dios, el interés del Cielo" (*Op.cit.*, p. 128).

Sea cual fuere la opinión de los escritores, descubrimiento, conquista y colonización constituyeron una conmoción sin precedentes en la historia de España y Europa. Un auto sacramental (*Las cortes de la muerte*) impreso en Toledo en 1557 (*Op.cit.*, pp. 123 y ss.) refleja bien las ambiciones, dudas y choques dialécticos engendrados por las Indias; así, en su escena XIX se sigue un discurso digno de la *Brevísima relación de la destrucción de las Indias* de Las Casas, y en el cual la *carne* y el *mundo* proclaman que las nuevas tierras son las del oro, la "libertad" y los placeres. Dice el *mundo*:

Gran cosa es la libertad
y estar libres de mujeres
y de hijos, en verdad!
La India gran calidad
tiene para los placeres.

Y la *carne* evoca la nostalgia que sienten los conquistadores y otros "indianos" que, vueltos a España, ya no *pueden valerse* y no aspiran a otra cosa que volver a la vida de *allá*:

El vivir allá es vivir;
que acá no pueden valerse.
Lo que yo te sé decir,
que pocos verás venir
que no mueran por volverse.

Las Indias eran –para los españoles del XVI– antes que nada, un estado de ánimo que, al intentar corporeizar en hechos, se volvía éxito, riqueza, honores (para una exigua minoría) y fracaso y desesperación para los más, después de haber padecido calamidades sin cuento, colofón que se puede extraer, precisamente, de una lectura atenta y exhaustiva de las

Crónicas. Y de ahí surge el material novelable, caso del Pedro Serrano cuya insólita aventura refieren el Inca Garcilaso (1960; Vol II, Cap. VII; p. 15 y ss.) y A. de Herrera (1953; Tomo XII, p. 292), si bien con algunas variantes. Por ser de sobra conocida, omitiremos la historia de Serrano en estas páginas, pero baste recordar que el Robinson de Defoe (1719), cuyo fundamento habrían sido las desgracias del marinero Selkirk, se anticipó en dos siglos en las carnes de Serrano. Nada sorprendentemente, la figura que se ha hecho universal ha sido la de Robinson, en tanto Serrano no aparece citado ni en los diccionarios de literatura.

Los libros de viajes –en el ámbito americano y en cualquier otro– seguramente no nacieron en muchos casos por intención literaria o lúdica de sus autores sino por motivación utilitaria concreta o como diario de experiencias, o nota cabal de acontecimientos que el escritor podría quizás esgrimir en el futuro en su propio beneficio, cuando menos como argumento o autoridad moral para ver reconocidos sus trabajos. En la historiografía indiana son numerosas las obras que pueden encuadrarse en esta categoría a lo largo del lapso de más de tres siglos del período colonial y sin duda una de las que presentan un relato más vívido es la de Fr. Diego de Ocaña, titulada en la edición manejada *A través de la América del Sur*. En términos generales, cabe afirmar que Ocaña aúna visión de conjunto, descripciones detalladas en aquellos puntos que a su juicio las merece, experiencias en primera persona que documentan lo narrado en tanto nos reflejan de modo directo la personalidad del autor y sus móviles, referencias históricas no siempre bien contrastadas, errores de bulto como resultaba inevitable en la circunstancia y, sobre todo, lo más atractivo en nuestra opinión, una calidad literaria cuya lozanía estriba en el hecho desembozado de que Ocaña no pretendió nunca escribir literatura. El fraile quizás se contentaba, en principio, con que sus hermanos de religión leyeran sus observaciones y valorasen adecuadamente el esfuerzo de recorrer 35 000 Km. por mares remotos y tierras con frecuencia inhóspitas o meramente desiertas: las incomodidades de los viajes marinos –suena fácil decirlo en nuestro tiempo– lindaban con el horror, ya por los tres meses que tardaba un navío, dando bordos mar adentro, desde Panamá a El Callao, ya por la pura y simple carencia de letrinas adecuadas.

En tales condiciones y aunque Ocaña eluda entretenerse en el detalle menudo de las incomodidades que rocen el cuerpo humano –de no ser hambre o frío– parten de Sanlúcar el 2 de febrero de 1599 los frailes jerónimos Posada y Ocaña en la armada dirigida por F. Coloma y Juan de Urdaire rumbo a Puerto Rico. La obra abarca, pues, los años comprendidos entre esa fecha y la Navidad de 1605 en que se embarca en Lima camino de México. La introducción del libro recoge un útil esquema donde se resu-

men los hitos cronológicos más señalados de todo su dilatadísimo periplo: en octubre del mismo año ya está en Lima tras un paso raudo por Puerto Rico, Portobello, Panamá y Paita. En el interín fallece su compañero nada más poner pie en tierra peruana y Ocaña comienza a experimentar la hostilidad de la Naturaleza así como las necesidades de su escaso peculio y sobre lo cual volveremos. Al año siguiente -1600, entre el 8 de febrero y el 18 de julio- realiza una vuelta, en nuestra opinión meteórica, desde El Callao hasta Potosí, pasando por Coquimbo, Chiloé, el "Tucumán" de la época, Asunción, Guairá, Santiago del Estero, Tucumán, Salta y Jujuy, topándose la rebelión de los araucanos y recorriendo las pampas argentinas. Después de reponerse en Potosí durante año y medio gira viaje a Chuquisaca y luego, ya en 1603, se dirige a La Paz, Arequipa, Cusco y Lima de nuevo, donde reside entre enero y agosto de 1604, enfermo por las secuelas de su penoso deambular, aunque todavía conserva ánimo y fuerzas para llegarse hasta Ica para posesionarse de unas mandas donadas a su orden. De su estadía en México, entre 1606 y 1608, fecha de su fallecimiento, no sabemos casi nada.

Las buenas descripciones naturales de Chile, precisas y detalladas, reflejan la belleza de los paisajes, la fertilidad del suelo y la variadísima producción agrícola del momento: maíz, papas, porotos, trigo, uva, cebada, olivos, "ganado ovejuno de Castilla y de la tierra", con puntual referencia de las cantidades y proporciones producidas. Aunque no dedica muchas páginas a Chile, la información es concreta y rotunda, con el argumento sólido de quien recorrió hasta Osorno y Chiloé el país de cabo a rabo, viéndose envuelto en la sublevación indígena y por la cual hubo de cruzar la Cordillera, casi sin mochila y aterido de frío. Y a partir de ahí ("al fin dimos en tierra del Tucumán y Paraguay", p. 119) su desinterés por las nuevas tierras, en las que no había metales y por tanto limosnas, no sólo le impele a cruzarlas a toda velocidad sino a abominar de cuanto en ellas vio, mostrando en las páginas correspondientes una vaga y confusísima noción geográfica -no nos referimos, claro está, a que "el Paraguay" de la época llegase hasta Santa Fe, o a que "el Tucumán" abarcase a gran parte de la Argentina actual- sin detalles ni referencias de topónimos apenas, ni precisiones locales de ningún tipo más allá de espantarse por la condición de las mujeres (nada nuevo, en realidad, en las Indias), de las víboras o las moscas, repugnantes y dañinas; vaguedades, de hecho, pues la sorpresa, temor o disgusto por los animales salvajes es una constante en los cronistas y viajeros y, desde luego, en toda la obra; recordamos con especial gusto la excelente descripción y relato de las andanzas de los caimanes en Panamá o, en el mismo país, de los micos que cruzan ríos agarrándose en cadena los unos a los otros (en el río Chagre), idéntica noticia recogida por

el Inca Garcilaso y con el mismo colofón: "dicen los indios que saben hablar (los monos), y que encubren el habla a los españoles porque no les hagan sacar oro y plata" (1960, p.318), coincidencia un tanto sospechosa, pues suena a chiste generalizado y, en todo caso, a anécdota no vivida en primera persona, aunque Ocaña asegure que "...un indio que había bajado de Paita y él de verlos más espantado que yo, me dijo: Padre, éstos son gente, sino que no quieren hablar porque el viracocha, que quiere decir el español, no los haga trabajar".

La capacidad observadora del fraile se fija, como es lógico, en lo grande y llamativo, en los restos espectaculares, pero también en hábitos cotidianos y formas de trabajo que exigían reflexión y, sobre todo, tiempo. De lo primero tenemos varios ejemplos, así cuando habla de los "enterramientos" de huesos de "gigantes", de cinco varas de alto entre Córdoba y Santiago del Estero o en Tiahuanaco, uno de los temas preferidos y recurrentes de las fantasías de la sociedad de los conquistadores, está cumpliendo con una ficción que recabó la atención de los contemporáneos, ya abordada entre otros por Cabeza de Vaca y Cieza de León, a quien sigue el Inca Garcilaso (*Op.cit.*, p. 345,), corroborando su búsqueda esporádica de menciones grandiosas al traer a colación recuerdos histórico-legendarios: "con la grandeza de las piedras de estos edificios pueden callar y quedan muy atrás lo que las historias cuentan de las pirámides de Egipto" (p. 203): ¿qué idea podía tener Ocaña, en realidad, de las Pirámides? Y en esa búsqueda mítica, no faltan llamadas a la fantasía de lo sobrenatural e inexplicable, rozando casi con el mundo mágico; así, cerca de Sacsahuamán (p. 225) nos refiere la historia de "piedra cansada", que no quiso continuar adelante y allí quedó plantada, contra los intentos, baldíos, de los indios por moverla. Misma leyenda que relata Ibn Battuta (p. 145) en el Alto Egipto, aunque en su caso el objeto que decide permanecer en un lugar (Manfalut) sea un almimbar.

Su curiosidad por prácticas peregrinas es permanente, así, cuando refiere la antigua técnica indígena peruana de plantar la simiente de maíz en una cabeza de anchoveta para que ésta, al atraer la escasa humedad ambiental, beneficie la germinación y desarrollo de la planta; o nos informa del gran consumo de pescado de los indios de Buenos Aires, Paraguay, Santiago del Estero (pp. 135-137), etc., dato que debemos dar por bueno (en ese momento y referido a los aborígenes) pero que contrasta con las informaciones de Azara, casi dos siglos más tarde, sobre el rechazo del pescado por parte de los criollos de esos mismos territorios y que podemos hacer extensivo hasta el día de hoy, por el escaso aprecio visible en Argentina o Paraguay por peces tan exquisitos como el pejerrey o el surubí.

Su precipitado paso por Santiago del Estero, Tucumán, Salta y Jujuy nos documenta -como Lizárraga- que el trato de ganado mular, de que tanto hablará Carrió, alias Concolorcorvo, a fines del XVIII, estaba ya perfectamente establecido y estructurado hacia 1600, ganado cuya meta eran Potosí, Huancavelica y Lima: "tienen también muchas estancias de ganado de yeguas y mulas, que todo se vende en Potosí" (en Santiago del Estero, p. 137); "sus tratos son de ganado" (en Tucumán, p. 137); "el trato es todo de ganado y de mulas que llevan a Potosí" (Salta, p. 139), aunque sus observaciones acerca del mucho arbolado de ese camino coinciden con otras parejas de Concolorcorvo al describir las espesas fragas del recorrido, en nuestra época resulten ya mero recuerdo melancólico del pasado y la deforestación en toda la zona -que hemos transitado siguiendo el itinerario de Ocaña, Lizárraga y Carrió- sea una evidencia irreversible. Y, como es natural, se detiene para reflejar la triste situación de los trabajadores del Cerro de Potosí, las condiciones de la extracción de mineral y hasta el paisaje, infernal o lunar, de las minas de plata. Tal vez, en este punto y en el retrato de la sociedad limeña alcance nuestro autor el cénit de su capacidad expresiva y observadora: seguramente por la importancia objetiva de ambos extremos y quizás, también por haber sido estas dos ciudades aquellas en las que más tiempo posó, pese a deslucir un tanto el relato con el minucioso cuento de procesiones y liturgias que nada de nuevo ofrecen pero comprensibles en alguien de su oficio.

Exagera, tal vez, su fortaleza de resistencia contra la *carne*, pero tampoco hay por qué imaginar que inventa o se excede en poses hipócritas. Si bien se hace lenguas del carácter limpio y ordenado de las criollas, no ahorra dicterios para limeñas o panameñas, por atrevidas: "no visité a ninguna aunque fui muy molestado de mujeres muy principales; pero éstas son las peores y cuanta más hacienda tienen tanto más vicio procuran ellas" (p. 171); ni mide mucho la pluma al traslucir, incluso en sus pudibundas condenas, una cierta morosidad descriptiva -si no paladinamente morbosa- prueba de que tan insensible no era a los arrebatos de la *carne*: "me pareció este traje más lascivo que el de las moriscas de Granada, que pintan hasta la media pierna; que al fin aquéllas están cubiertas con ropa y estotras andan desnudas con unas carnes como un alabastro; y cuando van andando, con un paso tan menudito que parece que van bailando la zarabanda" (p. 173).

Y si muestra su horror por las mujeres de carne y hueso no se recata en contraponer sus trabajos (p. 145, 196) sometido al hambre, el frío, la nieve, cansancio, etc. con su añoranza por la buena vida material de que disfrutara en Guadalupe. Ocaña, buen vividor y bebedor, explaya sus nostalgias: "¡cuán diferentes estarán nuestros hermanos hoy en la casa de Guadalupe y qué contentos! (...) me harté de llorar acordándome del mucho regalo que los frailes aquél día tienen" (p. 57), "como se había criado con aquella abundancia de la hospedería de nuestra casa, me regaló mucho (...) y dióme, la noche que llegué, muy buena cena; y otro día almuerzo, con tanta abundancia de manjares que yo satisfice aquí el hambre que había pasado antes" (p. 72), etc. Los ejemplos son numerosos y por tanto no parece oportuno insistir: sólo recordar que ni en la Cuaresma de Lima disimula su gozo por lo "regalada" que es, con "abundancia de pescados, frutas, dulces, turrones, melcochas, leche y natas, rosquetes y bizcochos, aceitunas y otras mil cosas apetitosas" (pp. 100-101). Sabemos pues, que fray Diego se resarcía en la mesa de otras carencias naturales.

En otro orden de cosas, el testimonio *de visu* nos ilustra cumplidamente sobre las luces y sombras de la sociedad peruana, empezando por su base económica: el horror del trabajo en las minas. Sobre Huancavelica y su azogue se extiende con un relato vívido y no poco sobrecogedor: "Es este cerro un retrato del infierno (...) adonde ha muerto tanta multitud de indios que tiene ya muchos pueblos asolados" (p. 244). Aun ahorrando el pormenor menudo de los detalles, la conclusión global resulta inquietante, tanto por su propio contenido como por venir a coincidir con lo expresado por otros testigos: "El azogue consume muchos indios" (en Huancavelica, Lizárraga, p. 252). La imagen de Potosí no es mucho mejor (p. 179 y ss.): "Y los mineros hacen trabajar demasiado a los indios y no los dejan dormir de noche las horas que les tienen ordenadas; y como los miserables están de continuo allá dentro barreteando, ni saben cuándo amanece ni cuándo anochece. Y así pasa esta gente gran trabajo y mueren muchos indios de enfermedad, otros despeñados, otros ahogados y otros descalabrados de las piedras que caen y otros se quedan allá dentro enterrados". Por sus informes conocemos que el minero debe pagar una indemnización a la familia por cada indio fallecido y a continuación surge la inevitable picaresca con que se intenta eludir el gasto con mañas diversas o con el ingenuo expediente de encargar misas para que aparezcan vivos los trabajadores enterrados. Su sentencia ("no hay libra de plata que no cueste otra tanta sangre y sudor a los miserables de los indios, pues a costa de su sangre se saca lo que se beneficia", (p.180) es, una acusación formal y fundamentada, por desgracia, contra la explotación extensiva del trabajo de los indígenas.

Una tendencia frecuente entre los autores del género histórico es tomar como fuente de inspiración u objeto central la vida, o episodios de la misma, de personajes sobradamente conocidos: Julio César, Alejandro Magno, Carlos V, Felipe II, Napoleón, etc... copan los títulos y el argumento. Sin embargo, quizás una encuesta minuciosa viniera a corroborar algo que

sospechamos: no son esas las mejores novelas históricas, sino aquellas centradas en protagonistas secundarios o de pura ficción. La finalidad buscada por los autores al ocuparse de esos nombres (concitar una atención mayor y tener allanado en parte el camino de los puntos de referencia ante el lector) adolece de inconvenientes tales como ofrecer un panorama en exceso trillado y por tanto menos atractivo, con menor margen de maniobra para la invención en cuanto a la biografía pura del personaje novelado, incurriendo a veces, como consecuencia, en un laberinto prolijo y farragoso, de inacabables monólogos interiores y lentitud atenazante que impide avanzar con agilidad el discurso literario: tal sería el caso de las *Memorias de Adriano* de M. Yourcenar o del infinito soliloquio atribuido a Felipe II por C. Fuentes en *Terra Nostra*, una de sus obras más ambiciosas y -a nuestro juicio- fallida. Se ha dicho tanto (hagiográfico o hipercrítico) sobre este rey, que resulta tarea ardua y peligrosa, literariamente, concebir y presentar algo un tanto novedoso, sin caer en el tópico (C. Fuentes, de hecho, no sale de él en esa obra). Por el contrario, centrarse en personajes menos conocidos ofrece perspectivas mucho más dilatadas para inventar los entresijos de su vida o completarlos a discreción, en definitiva una propuesta creativa más clara. Siguiendo este criterio -aparte de motivaciones de otra índole- elegimos para nuestra novela *Los de Chile* un personaje secundario como eje, por permitirnos fabular con gran libertad en las largas etapas oscuras de su vida (la anterior a su llegada al Perú), si bien a medida que los datos históricos se multiplican y extienden el relato va también -y por sus propios pasos- ciñéndose a los hechos conocidos, dando la impresión, tal vez, en algún pasaje de ser una refundición de las crónicas.

El lenguaje utilizado. El acercamiento al lector contemporáneo frente a la asimilación del lenguaje arcaizante. Las traducciones. Génesis de una novela: Los de Chile. Motivaciones remotas y próximas. La indeseable coincidencia del V Centenario. La documentación histórica. Rodrigo de Orgóñez, personaje real: su peripecia novelesca. La extrapolación de rasgos hispanos permanentes. La perplejidad ante las Indias. La frustración final.

Una de las primeras decisiones que el escritor debe tomar al iniciar un texto -y, por consiguiente, uno de sus compromisos y riesgos fundamentales- es el vehículo expresivo, el nivel de su lengua que utilizará, por la estrecha relación estructural que debe existir entre contenido y forma, pues ésta, *también* transmite contenidos. No sería creíble, y se rechazaría con

indignación o burla, un diálogo teatral, o novelado, entre dos cargadores del puerto de Veracruz expresándose en el lenguaje coloquial madrileño, pongamos por único y suficiente ejemplo, dejando la interminable lista de combinaciones posibles al gusto de los lectores; del mismo modo, estimamos inadecuado el español estandarizado en la prensa y los medios de comunicación (el habitual en la literatura que ahora se escribe en España), e incluso el nivel más alto de los académicos y puristas, para reflejar y enmarcar acciones, sentimientos o discursos de los siglos XVI-XVII. Por ello, parece oportuno, siempre que sea factible, aproximar la lengua a la época novelada; no para lograr un calco estricto, cuyo efecto sería quizás en exceso chocante, sino para obtener un trasfondo lingüístico aceptable y digno. Los mecanismos para lograrlo parecen claros: omisión de léxico y construcciones posteriores a la época e introducción de otros contemporáneos al momento referido, lo cual -debemos reconocer- no está al alcance de cualquiera por el esfuerzo de conocimiento retrospectivo que implica. Y preciso es admitir que en esta reconstrucción lingüística, relativamente fácil de aplicar al discurso narrativo, el mayor peligro estriba en la adaptación misma de los diálogos, conseguir que la sombra de Calderón no proyecte demasiado su grandilocuencia sobre los coloquios habidos entre gentes del pueblo o magnates, anteriores en más de un siglo al dramaturgo, camino que nos llevaría -y por el extremo opuesto a lo antes señalado- a parejos resultados de artificiosidad y falta de verismo. En realidad, no sabemos muy bien cómo hablaban en su expresión cotidiana los españoles de principios del siglo XVI y de ella tenemos reflejos o aproximaciones fragmentarias en obras de literatura (escritas por personas cultas, no lo olvidemos) que nunca pensaron registrar magnetofónicamente cuanto oían a su alrededor sino dar una visión creativa y parcial. A tal efecto *La celestina*, *La lozana andaluza* o *El lazarillo de Tormes* pueden ser útiles pero no constituyen testimonios fotográficos del habla real. Y mucho menos aun los sesudos parlamentos de Sancho con Don Quijote.

Este acercamiento que preconizamos es hasta cierto punto realizable dentro del mismo idioma, pero cuando el autor -pongamos finlandés, como M. Valtari- escribe sobre el Egipto faraónico, o un inglés (por ejemplo, el ya mentado H. Thomas) lo hace en torno al México azteca, el problema lingüístico se agudiza y viene a agravar los otros de ambientación, mentalidad, credibilidad argumental, etc. En especial si la obra nos llega, no en su idioma original, sino en una traducción, como es el caso de la referida novela de Thomas: buena parte de las insuficiencias lingüísticas en *Yo, Moctezuma* son obra -que no gracia- del traductor, así cuando deleita nuestros oídos ("Con ocasión de la inauguración de una ampliación", "les encantará, cantarán", "de metal de aspecto brutal"), o al traducir el inglés

anticipate por "anticipar" en vez de prever, su verdadero significado y que el contexto exige a voces. Los traductores, de ordinario mal pagados y sin conocimientos acerca de las culturas noveladas, suelen ofrecer textos con frecuencia impresentables, aunque las editoriales exploten comercialmente y con gran desparpajo estos productos: todo vale con tal de engordar los beneficios, máxime si los receptores, felices en su reino de los ciegos, están incapacitados para detectar el parche en el ojo del tuerto que los embauca [7].

La finalización de nuestra novela *Los de Chile* vino a coincidir con octubre de 1992, coincidencia no deseada por varias razones; la principal de las cuales era la muy posible adscripción de la obra a un designio oportunista que nunca tuvimos. No obstante, la publicación casi dos años más tarde liberó al libro y al autor de tales suspicacias, cuando ya nadie se acuerda del V Centenario. Por tanto, la novela marcha sola, con sus méritos o deméritos, pero felizmente sola.

Tal vez no sobre recordar que en 1992, en España, la sola mención del V Centenario provocaba sonrisas irónicas. Pero el observador podía preguntarse si esa reacción respondía al raciocinio o a un simple reflejo pavloviano, acrítico, dentro de un juego de sobreentendidos sin meditar y que, en definitiva, resultaba imprescindible para estar a la moda y así distinguirse de la España oficial, cuyo temible patrocinio amenazaba con enrarecer aun más nuestras relaciones con América Latina. Valiéndose de unas cuantas citas sacadas de contexto a partir de las crónicas o proyectando sobre el pasado la situación presente, se extraen conclusiones generales que descalifican por completo a todos cuantos intervinieron en un proceso que duró tres siglos largos. Se descubren -nada menos- los textos de Las Casas, mediterráneo eternamente redescubierto. Y nos referimos a los críticos españoles al uso, porque los movimientos indigenistas o los intelectuales latinoamericanos, por conocedores de la realidad en directo, presentan una amplia gama de matices; como no podía ser menos dada la gran diversidad que caracteriza al continente.

La necesaria revisión histórica que atemperase la leyenda rosa de la Conquista -la habitual en España durante muchos años y que tan aburrida se hacía- no podía conducir, a nuestro juicio, a una negación sistemática y hasta insultante de nosotros mismos, en la línea que proliferaba en los medios de comunicación. La autocrítica se limitaba a encadenar improperios, muchas veces indocumentados, contra el pasado, ejercicio tan baldío como el opuesto de contemplarlo con arrobo, aletargados por el incienso y el autobombo. En tal sentido comenzamos a redactar la novela en septiembre de 1990, cuando arreciaba la campaña, no ya contra la forma de conmemoración del descubrimiento, que se veía venir, sino contra la misma

existencia del número 1992. El móvil central del libro era suscitar una vez más, a través de este minúsculo grano de arena, aspectos discutibles y discutidos de la historia de América y más en concreto del Perú, tarea nunca suficiente y a la que venimos dedicando cuanta atención podemos en artículos de prensa, crítica de libros, etc., por ser muy conscientes de la necesidad de profundizar nuestras relaciones con América Latina, por ejemplo en el terreno de la información y el intercambio noticioso, o cultural en términos generales. Muchas cosas nos unen, pero no son pocas ni despreciables las que pretenden separarnos (desde la política migratoria del gobierno español hasta la frecuente ignorancia de los periodistas), debiendo reconocer de nuestro lado -el que nos corresponde a los españoles- que en los diversos países de Iberoamérica se conoce más y mejor de España que viceversa. Y desde antiguo.

A partir de viejas lecturas de Cieza de León surgió la idea, hace ya bastantes años, de novelar la vida de Rodrigo de Orgóñez, personaje de perfil duro y sangriento pero que parece víctima de un *fatum*, un destino inexorable con el cual nace marcado, por el mero hecho de ser hijo de una judía conversa (*marrana*), y que le llevará a perpetrar sacrilegio (verdadero e histórico) durante el saco de Roma, así como más adelante una Providencia nefasta, corporeizada en las vacilaciones y debilidades de un Almagro muy enfermo, le arrastra sin remisión a la muerte: los distintos cronistas coinciden en mostrar, con escasas variantes, la desesperación de Orgóñez ante las concesiones ininterrumpidas de su jefe hacia los pizarristas; la obediencia y devoción suicida, o inevitable, con que se somete a las decisiones de don Diego; el vaticinio de su propia muerte y de la perdición del partido almagrista. Orgóñez es un personaje trágico, metido en una rueda que gira sin tregua y de la cual no puede escapar, por haberse comprometido con Almagro, por haber ido demasiado lejos en su hostilidad para con los seguidores del gobernador, por encontrarse en el no menos dramático escenario de la Conquista: distintos actores recitan su libreto de dolor, miedo y ambiciones, chocan entre ellos y con el telón de fondo de las dubitaciones, o la resistencia, o el sufrimiento de las poblaciones indígenas, mientras las candilejas incendian los decorados y las pilastras del teatro incaico se vienen abajo. Para penetrar de lleno en la tragedia fue menester dotarse de un bagaje lingüístico y otro histórico, así pues era obligada la lectura exhaustiva de las crónicas, historias y relaciones de Pascual de Andagoya, Cieza de León, Fernández de Oviedo, el Inca Garcilaso, Antonio de Herrera, R. de Lizárraga, López de Caravantes, Diego de Ocaña, Francisco de Xerez, Agustín de Zárate..., y un largo etcétera de consultas menores cuyo detalle adolecería de pesadez, cuando no de petulancia.

Un segundo aspecto que cabría destacar entre los objetivos de la obra lo constituye la perplejidad ante las Indias de los españoles, durante mucho tiempo. Incluso, una vez acabada la fase bélica. Más arriba señalábamos que las Indias fueron un estado de ánimo, antes que nada; pues bien, nos reafirmamos en la idea, añadiendo que, con frecuencia excesiva, los árboles no dejaron ver el bosque: el interés económico inmediato, minero en primer lugar, y agropecuario después, obnubiló el sentido de los pobladores y de la burocracia, e impidió -incluso a gobernantes y altos consejeros- percibir la dimensión exacta de la labor emprendida. Quizás, al final, ya en el reinado de Carlos III, cuando estaban sentadas las bases del hundimiento, se empezó a tomar conciencia del esfuerzo requerido para continuar y de la magnitud de nuestras carencias frente a las necesidades planteadas. Una frustración final, en suma, que resumimos en el remate de la novela, al comprobar que en Oropesa de Toledo, cuna de Orgóñez, nadie supo darnos razón de tal persona; ni saben -pese a nuestra afición a conmemoraciones y florilegios- que un paisano suyo cruzó el mar y participó de modo destacado en uno de los mayores dramas de la Historia.

Notas

[1] Género, según un criterio ontológico, es "atributo esencial aplicable a una pluralidad de cosas que difieren entre sí específicamente" (Huerta, 1984; p. 84).
[2] "Un 70% de los universitarios norteamericanos no sabe leer correctamente, analizar textos, rellenar una declaración de Hacienda o realizar un trabajo sobre un ensayo literario" (*Diario 16*, 3.5.1995).
[3] "El nacionalismo tiene cosas muy perjudiciales cuando se vuelve xenófobo, pero el sentimiento sano es más bien una actitud de pertenencia a algo, uno no sólo es lo que es, también lo que han sido otros y eso se traduce en una lengua, una cultura y una forma de entender la vida" (*El Independiente*, 30.8.1991).
[4] Tal vez valga la pena enumerar algunas perlas ilustrativas del fenómeno de suplantación de la realidad por la ficción: en el *curro* de Sabucedo (Pontevedra) oímos a un paisano comentar cuando la caballada se retrasaba "Ahora viene Yon Bayne y trae los caballos"; en la noche del 23 de febrero de 1981 el diputado R. Tamames, uno de los secuestrados en el Congreso español por A. Tejero, comentó a sus compañeros "Ahora viene el 7º de Caballería y nos salvará"; el socialista Sr. Guerra dijo refiriéndose a A. Suárez "Es un tahur del Mississipi", con lo cerca que tenía y tiene a sus trileros de la sevillana calle de las Sierpes; narrando una excursión por Extremadura alguien, español, describía los pueblos no como pintorescos, atrasados, extraños, etc... sino "Como en el Oeste", por dudoso que sea el parecido entre esa región española y el jamás existente Far West de las películas.
[5] Ver *Autobiografías de soldados*, BAE.
[6] Los relatos a veces coinciden hasta en detalles menudos -no por una difícil comunicación entre los autores-, por ejemplo, ver la coincidencia entre M. de Castro y Contreras en la incursión contra la Mahometa (Hammamet, Túnez) en 1605 (J. M. de Cossío, 1956; pp. XXVII-XXVIII).
[7] Logomaquias, vocabulario mal utilizado, modismos y clichés pedestres incorporados del lenguaje periodístico o televisivo, forman parte del arsenal corriente entre los traductores; por añadidura a transcripciones erróneas -y masivas- de nombres propios o voces del idioma novelado (no del original inglés, francés, etc.) que el autor incluye para dar tintes exóticos al texto: si se trata de una novela situada en un país árabe, v.g., intromisión de palabras de esa lengua, por lo general mal transcritas, reproduciendo en castellano la fonética del inglés o francés por ignorar la propia del árabe (j/y; dj/y; ss/s; kh/j; th/z); junto a barbaridades sin paliativos (en la obra de A. Maalouf (1989, pp. 252 y 255), al *HARAM AS-SARIF* de Jerusalén, lo cual significa "Recinto Sagrado de las Mezquitas", se designa *Harun al-Rashid* confundiéndolo con el Califa Abbasí de tal nombre). Renunciamos a tirar de la interminable ristra de perlas que adornan las traducciones de este jaez.

Referencias

ALTAMIRANO I. M.
____ (1958). *El zarco*. México.
ALVAR, M.
____ (1975). *España y América cara a cara*. Madrid.
AZARA, F. de
____ (1969). *Viajes por la América meridional*. Madrid
BACCINO PONCE DE LEON, N.
____ (1990). *Maluco*. Barcelona.
BOBES NAVES, M. C.
____ (1993). *La novela*. Madrid.
CAPDEVILA, A.
____ (1951). *Las invasiones inglesas*. Buenos Aires.
CARDIEL, J.
____ (1989). *Las misiones del Paraguay*. Madrid.
CARPENTIER, A.
____ (1965). *El siglo de las luces*. Barcelona.
CASTRO, Miguel de
____ (1949). "Vida del soldado español Miguel de Castro". En: *Autobiografías de soldados*. Madrid, BAE 1956.
CONCOLORCORVO.
____ (1980). *El lazarillo de ciegos caminantes*. Madrid.
CONTRERAS, Alonso de
____ (1967). *Vida del capitán Alonso de Contreras*. Madrid.
COSSIO, J.M. de
____ (1956). *Introducción a la vida de M. Castro*. Madrid. BAE.
DUQUE DE ESTRADA, D.
____ (1956). "Memorias de don Diego Duque de Estrada". En: *Autobiografías de soldados*. Madrid, BAE.
FANJUL, S.
____ *Fray Diego de Ocaña, el largo brazo de Guadalupe en Indias*. Opúsculo inédito.
GALVAN, M. de J.
____ (1977). *Enriquillo*. La Habana.

GALVEZ, M.
---- *El gaucho de los Cerrillos (1826-1829).* Buenos Aires.
---- *El general Quiroga (1829-1835).* Buenos Aires.
---- *La ciudad pintada de rojo (1835-1839).* Buenos Aires.
---- (1951). *Tiempo de odio y angustia (1839-1840).* Buenos Aires.
---- (1951). *Han tocado a degüello (1840-1842).* Buenos Aires.
---- (1952). *Bajo la garra anglofrancesa (1843-1848).* Buenos Aires.
---- (1954). *Y así cayó don Juan Manuel (1850-1852).* Buenos Aires.
GARCIA MARQUEZ, G.
---- (1989). *El general en su laberinto.* Madrid.
GARRIDO DOMINGUEZ, A.
---- (1993). *El texto narrativo.* Madrid.
HENRIQUEZ UREÑA, P.
---- (1964). *Las corrientes literarias en la América Hispánica.* México.
HERRERA, A. de
---- (1953). *Historia general de los hechos de los castellanos en las Islas y Tierra Firme del Mar Océano.* Madrid.
HUERTA CALVO, J.
---- (1984). "La crítica de los géneros literarios". En: *Introducción a la crítica literaria actual.* Coordinado por P. Aullón de Haro. Madrid.
IBN BATTUTA
---- (1981). *A través del Islam.* Trad. de S. Fanjul y F. Arbós. Madrid.
INCA GARCILASO DE LA VEGA
---- (1960). *Comentarios reales.* Madrid, BAE.
LAITENBERGER, H.
---- (1994). "Historia y comedia: la conquista del Perú en la 'Aurora en Copacabana' de Calderón de la Barca". En: *Historia y literatura en la época de los descubrimientos.* Coord. T. Berchem y H. Laitenberger. Avila.
LIZARRAGA, R. de
---- (1987). *Descripción del Perú, Tucumán, Río de la Plata y Chile.* Madrid.
MAALOUF, A.
---- (1989). *Las cruzadas vistas por los árabes.* Madrid, Alianza Editorial, Trad. M. T. Gallego y Mª. I. Reverte.
MUÑOZ, Rafael
---- (1949). *¡Vámonos con Pancho Villa!.* Buenos Aires.
---- (1947). *Se llevaron el cañón para Bachimba.* Buenos Aires.
OCAÑA, Fr. D. de
---- (1987). *A través de la América del Sur.* Madrid.
PROPP, V.
---- (1971). *Morfología del cuento.* Madrid.
ROA BASTOS, A.
---- (1983). *Yo, el supremo.* Madrid.
SIGUENZA y GONGORA, C. de
---- (1964). "Infortunios de Alonso Ramírez". En: *La novela del México colonial.* México.
THOMAS, H.
---- (1995). *Yo, Moctezuma.* Barcelona.
USLAR PIETRI, A.
---- (1949). *Las lanzas coloradas.* Buenos Aires.
VARGAS LLOSA, M.
---- (1981). *La guerra del fin del mundo.* Barcelona.